

Elisa Vargaslugo y Santa Prisca

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN

Si acaso quisiera yo resumir en una sola frase aquello que percibo como el profundo mensaje del libro *La iglesia de Santa Prisca de Taxco*, lo haría robando a Séneca una expresión que a su vez robó a Hipócrates en el primero de sus aforismos: *Vita brevis, ars longa*. En efecto, Elisa Vargaslugo, en esta obra suya en edición corregida, nos deja ver cómo el arte que salió de la intención y las economías de un individuo, le sobrevivió y permanece para dar cuenta, no sólo de las peculiaridades del espíritu que le dio vida, sino, y sobre todo, de las formas de ser y pensar propias del hombre de una época.

La iglesia de Santa Prisca de Taxco, que en su tercera edición publica el Instituto de Investigaciones Estéticas, con el concurso de la Coordinación de Humanidades, la Coordinación de Difusión Cultural y el Seminario de Cultura Mexicana, es un libro que a todas luces ha constituido, desde su primera edición, una obra fruto de la madurez de su autora. En él se perciben impecablemente trabajados los temas que como afluentes colman el plácido caudal donde se explican una época, un hombre y una obra.

El siglo XVIII novohispano, compleja resultante de un proceso tan rico como pudo ser la historia de estas tierras cuando se contaban entre los reinos de España, constituye el gran telón de fondo que enmarca y da vida a la historia narrada por Elisa Vargaslugo. Lejos, muy lejos de ser sólo un elemento de ornato, este telón se entreteje con la historia, para convertirse en un elemento sin el cual resultaría imposible comprender lo que se desarrolla sobre la escena.

La centuria a que nos referimos aparece, ante los ojos del hombre de nuestros tiempos, muy cargada de elementos complejos, exuberante, rica en formas.

El hombre de la Nueva España que transitó por este mundo en ese entonces se nos muestra como el rico criollo, emprendedor, hacedor de fortunas, o en todo caso el heredero de las mismas. Este hombre es el hacendado, que cuenta en sus propiedades grandes extensiones de tierra que no sólo producen lo que consumen el dueño y sus jornaleros. De ellas emanan productos en tal cantidad, que es muy rentable ponerlos en el mercado. La hacienda que lejos de ser la unidad de consumo que fue la antigua estancia—producto de mercedes reales, de que se alimentaron los primeros criollos, señoritos de postín, hijos y nietos de conquistadores y primeros pobladores—se ha convertido en piedra angular de no pocas fortunas. El criollo novohispano también es el comerciante que dejando lejos la tienda, trafica con gran provecho con los productos que vienen de España y con los que llegan de Asia; que ha logrado instalar casa sucursal en Manila y en Veracruz y en Cádiz, para vigilar el curso correcto de sus mercancías, con lo que ha hecho posible el establecimiento de un comercio por primera vez mundial, gracias al cual el Oriente y el Occidente se palpaban entre sí, con el simple y suave tacto que ofrecían las sedas, las porcelanas, los marfiles, las lanas, las maderas, y se saboreaban uno y otro a través de los exquisitos gustos de las especias, los aguardientes y los vinos, productos todos estos que fluían de uno a otro confín del orbe. También es el minero a quien la diosa fortuna ha tocado con el descubrimiento de una veta rica e inagotable que hace fluir hacia sus arcas oro y plata en cantidades que hoy sorprenderían. Metales de gran valor con los que no sólo se pagaban guerras y deudas reales en Europa, sino con los que se ornaban los altares novohispanos, se fabricaban las vajillas para las mesas

criollas y se elaboraban pendientes y cadenas que resplandecían sobre las vestiduras de los ricos novohispanos. Esas minas permitieron a sus dueños llevar una vida de la que la miseria se encontraba desterrada.

Tal riqueza fue el origen de un sinnúmero de obras arquitectónicas que han sido objeto de admiración desde que se levantaron y cuyas ornamentadas fachadas se han convertido, andando el tiempo, en elocuentes transmisores de conocimiento de las grandezas de aquellas épocas. La construcción de templos fue también el origen de bellísimos retablos que aún resplandecen y que son muestras acabadas no sólo de la devoción cristiana, sino del arte más exquisito.

La Nueva España del siglo XVIII por supuesto fue más de lo que en estos párrafos pudiera yo referir. Tan sólo he traído a cuento aquellos rasgos de su realidad que tienen que ver con el texto de Elisa Vargaslugo, quien, sin olvidarla en momento alguno, la entreteje de manera magistral para lograr la explicación de un hombre y su obra, de José de la Borda y Santa Prisca.

Esta realidad, abigarrada y compleja, fue aquella en que vivió el personaje que ocupa a Vargaslugo en la primera parte de su trabajo. José de la Borda, aún en sus peculiaridades, según nos lo muestra la autora, fue un hombre de su siglo. La parte que le corresponde en el libro es no sólo rica en información fresca porque proviene de fuentes de primera mano, sino profundamente humana. En ningún momento el lector olvida la humanidad de José de la Borda. La razón de ello es la manera también muy humana como Elisa Vargaslugo se acerca a él. Quien lee esas páginas y se deja llevar de la mano por la autora a través de los senderos que perfilan la personalidad de ese hombre, no deja de sentir el respeto, la confianza, el calor humano y la profunda capacidad de comprensión con que ella se ha entregado a la empresa que significa explicar al hombre que fue de la Borda.

Desde el esclarecimiento nada desdichable de su origen, hoy confirmado por la autora como plenamente francés, hasta su muerte, sin duda en extremo piadosa, la figura y, por qué no decirlo, el ser de

José de la Borda se construyen poco a poco hasta completarse y dotar al personaje, de nueva cuenta, al menos en la imaginación del lector, de una nueva vida que él seguramente jamás pensó.

En José de la Borda se trenzan la virtud y la fortuna, binomio complicado, si no paradójico. Nos queda claro que fue un hombre distinguido por una evidente proclividad a lo espiritual, austero en medio de sus riquezas, muy caritativo y orgulloso de la vocación religiosa que siguieron sus vástagos. La fortuna le habría permitido llevar una vida entregada a la sensualidad, teniendo en cuenta, sobre todo, que esta característica era una de las propias del siglo en que vivió. Sin embargo, y así lo demuestra la autora, don José no se rindió ante ello y se conservó, aun con su fortuna, en la virtud que le colmaba el alma.

Fortuna y virtud permitieron a José de la Borda darse a la empresa de levantar un templo. Nació así uno de los más bellos ejemplos que del arte novohispano han llegado hasta nosotros. La fábrica de la Iglesia de Santa Prisca en su totalidad fue ideada y cuidada por este insigne varón.



telm'eo

Elisa Vargaslugo, después de explicar prolijamente al personaje sin el cual esta iglesia de existir habría sido otra, se aplica con el mismo empeñoso cuidado a explicarnos los pormenores del edificio y su ornamentación. La mirada conocedora y la mente clara y fina de la autora le permitieron realizar una disección extraordinaria de su objeto de estudio, para entregarnos un resultado en el que la riqueza de información y las atinadas lecturas interpretativas se enlazan para lograr aquello que todo historiador pretende: crear conocimiento.

Todo ello tiene como fundamento una verdadera red de elementos de diversa índole que, entretejidos con un orden sorprendente, dan por feliz resultado una idea integral del monumento y sus circunstancias, con lo que Elisa Vargaslugo satisface plenamente el ideal que persigue en su obra, que es, según ella misma lo expresa, entregar un resultado que se corresponde con el más puro espíritu orteguano.

Una labor de investigación, encomiable por acuciosa, tanto en archivos como en una amplia bibliografía, permitió a la autora establecer las sólidas bases que sólo una rica información puede dar a un trabajo de esta naturaleza. Sobre ellas se dio a la tarea de fincar el edificio que se levanta, mostrando en toda su maravillosa elaboración el arte que significa explicar el arte de Santa Prisca. El lector no tiene más tarea que dejarse llevar por Elisa Vargaslugo, quien lo conducirá por senderos que él sólo difícilmente podría recorrer, para develarle los misterios que guarda esta soberbia construcción.

A través de un cuidadoso ejercicio de análisis formal e iconográfico, la autora muestra cómo el edificio se estructura con perfección barroca, y así “intentar la presentación de una imagen cabal y fiel

de la parroquia de Santa Prisca dentro de su tiempo histórico-artístico”. Huelga decir que al final de este capítulo, el lector se percata de que el intento anunciado por la autora se ha vuelto un logro, pues quien lee con detenimiento comprende al templo de Santa Prisca en su tiempo histórico y artístico.

El interior de la parroquia y su explicación se reservan para el capítulo que corresponde al análisis formal e iconológico. La riqueza de esta parte del libro se equipara con aquella del objeto que se analiza. El curioso lector recorre los retablos mirándolos a través de los ojos cultos de Elisa Vargaslugo. Es ciertamente una invitación a descubrir aquello que de otra manera estaría confinado a permanecer oculto, sobre todo a la sensibilidad del hombre del siglo xx. Queda allí en evidencia la intimidad de las devociones de quien levantó tan maravilloso templo, prueba incuestionable de su profunda piedad. Adentrarse en la explicación de los retablos y las espléndidas pinturas y esculturas que ellos contienen son, sin duda, una experiencia única, pues está vinculada, en particular, con las vivencias religiosas del hombre del siglo xviii y, en general, con la cultura de Occidente, permeada hasta lo esencial, se reconozca o no, de cristianismo.

La tercera parte de la obra cierra de manera perfecta la empresa de Elisa Vargaslugo, pues a través de sus apartados redondea no pocos temas esbozados en las anteriores partes del libro. Aunque, según lo expresa, la aqueja el temor de reiterar algo de lo ya dicho, el lector se queda con la seguridad de haber encontrado allí una serie de elementos novedosos entretejidos con finas conclusiones.

Elisa Vargaslugo nos entrega por tercera vez, más luminosa que antes, a Santa Prisca y a su magnánimo constructor. Nos ha mostrado que Séneca e Hipócrates tenían razón. Don José de la Borda murió, seguramente en la Gracia de Dios; su obra, obra de arte, permanece. Luego es cierto: *Vita brevis, ars longa*. ♦

Elisa Vargaslugo, *La iglesia de Santa Prisca de Taxco*, IIE, Coordinación de Difusión Cultural, Coordinación de Humanidades-UNAM y Seminario de Cultura Mexicana, 1999, 3ª edición. 553 pp.